

FRANCESC GASCÓ LLUNA

PALEONTOLOGÍA

LECCIONES DESDE EL PASADO

POP



Ariel

FRANCESC GASCÓ LLUNA

PALEONTOLOGÍA POP

LECCIONES DESDE EL PASADO

Ariel

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Francisco Gascó Lluna
Ilustraciones del interior: © Francisco Gascó Lluna

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3678-7
Depósito legal: B. 15.842-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



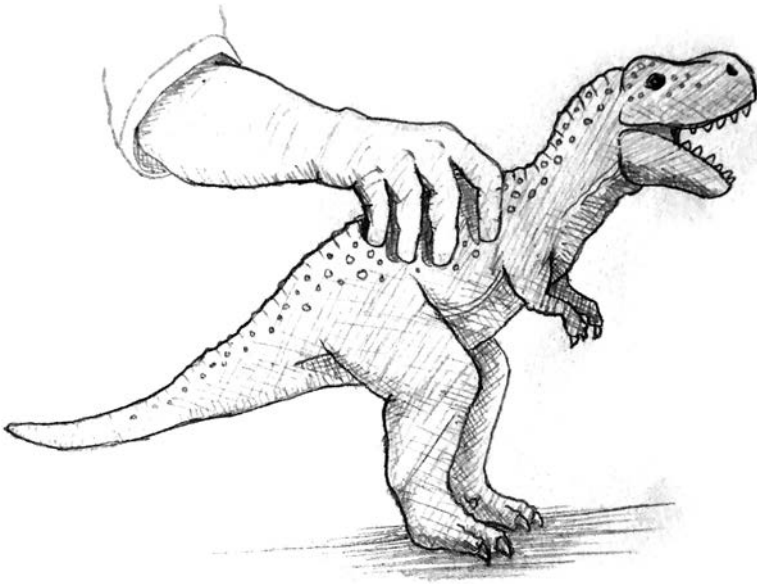
ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| <i>Prólogo</i> | 11 |
| Partida y regreso | 17 |
| Formas extrañas en la roca | 33 |
| La noche de los tiempos | 53 |
| Selección natural | 77 |
| Jugando a los dados | 91 |
| La esencia del caos | 113 |
| La vida se abrió camino | 129 |
| Serendipia | 147 |
| Usted está aquí | 171 |
| Un domingo cualquiera | 207 |
| <i>Epílogo: Y ahora, ¿qué?</i> | 217 |
| <i>Agradecimientos</i> | 225 |
| <i>Bibliografía</i> | 227 |
| <i>Glosario</i> | 233 |

PARTIDA Y REGRESO

¡Mi armadura es como diez escudos, mis dientes son espadas, mis garras lanzas, mi cola un rayo, mis alas un huracán, y mi aliento muerte!

Smaug en *El Hobbit*, J. R. R. TOLKIEN



Uno de mis primeros recuerdos tiene dinosaurios. Aunque cueste creerlo, están conmigo desde mi más tierna infancia. Tras treinta y nueve años de obsesión por estas criaturas del pasado, reconozco que mi memoria puede estar edulcorada. Puede que nunca ocurriera o que ocurriese en otro momento... pero cierro los ojos, y ese recuerdo está ahí. Me veo en el sofá de casa, ante la vieja televisión de mis padres (cuando no había pantallas planas, sino televisores de tubo, con una resolución nefasta) cuando, de pronto, aparecen un par de ceratopsios. Pertenecen a la familia del célebre *Triceratops*, con una enorme cresta en el cráneo protegiendo su cuello, y cuernos sobre nariz y ojos. Nada más, el recuerdo es algo tan circunstancial como eso.

Por supuesto, fui uno de esos niños tan fascinado por los dinosaurios que no podía hablar de otra cosa. ¿Qué pedía por Navidad? Dinosaurios. ¿Tenía que hacer una redacción en el colegio? La hacía sobre dinosaurios. ¿Había que dibujar algo en clase de plástica? Dibujaba, obviamente, dinosaurios. Me acuerdo de que, una vez, la profesora nos pidió que pintásemos un paisaje usando acuarelas. Sin personas, ni animales, ni vehículos. Solo un paisaje. «Así que nada de dinosaurios esta vez», me dijo sonriendo. ¿Mi

respuesta? Pinté la entrada a la ficticia Isla Nublar, con el peñón recibiendo oleaje, tal y como aparece al principio de *Parque Jurásico*.

Con el tiempo, leyendo y viendo documentales, supe que existía una profesión que se dedica al estudio de los fósiles. Descubrí la ciencia de la Paleontología. Y decidí que me dedicaría a ella. Hay mucha gente en nuestro campo que lo descubre como yo a tan tierna edad. Otros, por el contrario, se acercan a ella tras descubrirla en sus estudios con posterioridad. Por tanto, hay vocaciones tardías y tempranas, pero siempre hablamos de vocación. Porque dedicarse a la investigación no va a hacerte nadar en la abundancia, mucho menos si tu estudio son los fósiles de seres que vivieron hace millones de años.

DESDE LA MÁS TIERNA INFANCIA

Pero ¿por qué surge en los más pequeños esta fascinación por el pasado más remoto? A veces, la afición por los dinosaurios aparece muy pronto, incluso antes de haber aprendido a hablar, y se mantiene constante durante la infancia, observándose un pico alrededor de los seis años. ¡En esta edad, los dinosaurios son, casi con toda seguridad, un acierto!

Ese gran interés de los niños y niñas por los dinosaurios ha generado la necesidad de muchos productos relacionados. Como resultado de esta demanda, ha ido apareciendo una ingente y creciente cantidad de juguetes y libros destinados al entretenimiento del público infantil. Aunque se trata de algo objetivamente positivo para la visibilidad de la Paleontología y para el disfrute de los pequeños apasionados por este tema, hay que tener en cuenta dos cuestiones más oscuras.

Por un lado, muchos de los productos sobre dinosaurios para niños se quedan en la superficie, convirtiéndose en meros objetos de entretenimiento. Si al niño le gustan estas criaturas, tenemos juguetes, libros o dibujos animados con dinosaurios. El problema es que pocas veces se llega más allá. Esto se traduce en una oportunidad perdida para hacer divulgación científica en medio de una gran abundancia —a veces, saturante— de productos.

Por otro lado, aunque es una clara consecuencia del punto anterior, el interés por estas criaturas del pasado se suele frivolar o infravalorar identificándose con frecuencia como un mero entretenimiento infantil. Porque si solo se ven libros sobre Paleontología en la sección infantil, si abundan los dinosaurios de juguete, se acaba asumiendo que son un producto para estas edades.

Pero volvamos a la predilección de los más pequeños por estos animales. Por desgracia, con el paso de los años este interés suele disiparse con el descubrimiento de otras cuestiones que también despiertan la atención de los más jóvenes. Aun así, lo cierto es que siempre parece quedarnos un resquicio de fascinación por ellos, incluso ya de adultos.

En psicología se utiliza un concepto conocido como «intereses intensos» para referirse a esta especie de pasión desmedida por parte de niños y niñas hacia ciertos temas concretos. Estos «intereses intensos» consisten en una motivación muy fuerte por algo muy específico que se manifiesta en la infancia. Es muy común que, al menos un tercio de los niños, desarrollen una preferencia intensa en algún momento, que empieza desde muy temprano y alcanza un pico entre los dos y los seis años. En algunos casos, sin embargo, puede perdurar y les acompaña durante gran parte de su vida. Por tanto, que les gusten los

dinosaurios no es una simple curiosidad. Es un fenómeno ampliamente estudiado.

Si bien los temas que consigan apasionarles pueden llegar a ser muy variados, entre los más recurrentes se encuentran los vehículos (es muy conocida la inclinación infantil por trenes o coches) seguidos de nuestros queridos dinosaurios, y también los planetas. Desde un punto de vista del impacto, lo que importa no es el objeto de interés en sí, sino el esfuerzo que le dedican los pequeños al aprendizaje de algo concreto, por decisión propia.

La devoción por los dinosaurios que experimentan muchos niños es algo más que puro pasatiempo. Devoran libros sobre esta temática, en ocasiones no solo infantiles, sino algunos destinados a un público de mayor edad. Conocen el nombre científico de diferentes especies, a pesar de su dificultad (de hecho, nomenclatura, que en muchos casos es casi impronunciable, es lo que aprenden), conocen detalles como su dieta, su fuerza o la velocidad que podían alcanzar. Su atracción es tan grande que son capaces incluso de distinguir las diferentes eras y periodos geológicos, y qué dinosaurios vivieron en cada uno de ellos.

¿Qué relevancia tienen estos intereses intensos? Se ha llegado a acumular mucha literatura que los apoya y los avala, pues son muy beneficiosos para el desarrollo cognitivo de los más pequeños. ¿Por qué? En la práctica, favorecen la perseverancia y mejoran la atención. También ayudan a los niños y niñas a incrementar la confianza, pues experimentan por primera vez que son buenos conocedores de un tema —vaya subidón saber más que tus padres, profesores y demás adultos a tu alrededor—, y potencian habilidades complejas del pensamiento como el procesamiento de información. Asimismo, de un modo más directo o indirecto, les ayudan a mejorar sus habilida-

des lingüísticas. ¡Hay muchos peques que no pueden parar de hablar de ellos!

Dado que los intereses intensos resultan muy positivos para ellos, se recomienda a los padres, madres y tutores, en la medida de lo posible, que sigan alimentando esa pasión. No solo asegurándose de que tengan tiempo para seguir profundizando en el tema que les atrae, sino que deben alentarlos para que encuentren relaciones con las materias que se imparten en el colegio. También se aconseja crear espacios o utilizar recursos con los que puedan aprender sobre aquello que les interesa, animándoles a que compartan su conocimiento, ya que haciéndoles preguntas se puede reforzar sus capacidades comunicativas. Además, demostrarles que estamos interesados en lo que tanto les gusta puede alimentar sus ganas de continuar. Por supuesto, el consumo de libros, documentales o películas, y los juguetes relacionados ayudan a estimular esta inquietud. Por otro lado, las visitas a museos, exposiciones o yacimientos pueden convertir este proceso de aprendizaje en toda una experiencia de primera mano de la que hacer partícipe a toda la familia. ¡Y muchas de estas cosas son bastante recientes! ¡No había yacimientos visitables cuando yo era un niño obsesionado con los dinosaurios! Aun así, tuve suerte y mis padres me apoyaron desde que tengo memoria. A pesar de que no teníamos muchos medios, no podíamos viajar a ver museos o yacimientos, nunca me faltaron libros y dinosaurios de juguete cada cumpleaños o cada navidad.

Según los psicólogos, la manera en que algunos pequeños se acercan al objeto de su interés revela los orígenes de los enfoques que usarán a lo largo de toda su vida para afrontar las situaciones nuevas y los problemas. Por tanto, de alguna manera esos intereses intensos les estarían preparando para la etapa adulta: les permiten cambiar de

perspectiva, plantearse estrategias para descubrir lo que ansían conocer y, sobre todo, adquirir nociones de manera autónoma en función de sus motivaciones, profundizando en el conocimiento del mundo. Todo esto proporciona pistas sobre cómo se desenvolverán en el día a día con los retos que se vayan encontrando. Este hecho, bien encaminado, puede contribuir al desarrollo de su pensamiento crítico, sus capacidades de búsqueda de información y fomentar un afán por el conocimiento y la cultura. De hecho, si bien no es habitual que cada niño o niña que pasó por una fase de obsesión por los dinosaurios se haya dedicado a la Paleontología, lo que sí es habitual es que haya dejado en ellos un poso de cierta «actitud científica».

Aproximadamente un 20 por ciento de los niños y niñas mantiene la pasión por los dinosaurios tras la infancia. Entre ellos, se encuentran muchos casos de paleontólogos que no tienen ningún reparo en reconocer que su pasión por el descubrimiento de la vida en el pasado se remonta a su más tierna infancia. Del mismo modo, esta pasión infantil es para muchos el primer contacto que tienen con las ciencias, y es habitual que haya sido la causante del inicio de muchas vocaciones científicas —no necesariamente enfocadas en la paleontología— tempranas.

Entre mis amigos, hay ejemplos perfectos. Algunos de ellos se han sentido atraídos por estas criaturas desde muy pequeños, al igual que yo, y acabaron siendo paleontólogos. Otros no siguieron ese mismo camino, pero acabaron optando por Arqueología, Veterinaria, Medicina o Biología molecular. Muchos no han llegado a trabajar en el ámbito de las ciencias (entre otras cosas, porque es una profesión muy precaria), pero vivieron una fase semejante en su infancia y mantienen de adultos una gran pasión y curiosidad por temas científicos y culturales.

La cultura popular tiene gran parte de la culpa (o del mérito, según se mire) del arrollador éxito y la gran popularidad de los dinosaurios. Eso es algo que podemos rastrear hasta los primeros hallazgos de restos, en especial a partir del primer fósil completo por parte de Richard Owen (1804-1892). No en vano, pocos años después del descubrimiento de los dinosaurios ya se inauguraban las reproducciones a tamaño natural del Crystal Palace en Londres, causando furor en la sociedad londinense de la época y disparando la primera venta de figuras o láminas con estos formidables animales.

A principios del siglo xx se produjo un salto importante: fueron usados en publicidad y en productos comerciales. Un caso muy sonado es el de la empresa petrolífera Sinclair, que decidió usar un saurópodo (uno de esos grandes herbívoros de cuello largo) como imagen de su marca en la década de los años treinta, jugando con la idea de que su petróleo y derivados procedían de estos dinosaurios. Algo que ha protagonizado muchos *memes*, pero que no es exactamente cierto.

A mediados del siglo xix vio la luz la fantástica obra *Viaje al centro de la Tierra* (*Voyage au centre de la Terre*, 1864), del escritor Julio Verne (1828-1905), famoso por sus novelas de aventuras que incluían elementos de ciencia ficción. En esta narración se cuenta la aventura del profesor Lidenbrock, su sobrino Axel y su guía Hans que, al llegar al centro de la Tierra, hallan un mar interior, en el que tienen un encuentro con un ictiosaurio y un plesiosaurio, dos reptiles marinos de la era de los dinosaurios.

Con el avance de la Paleontología y el hallazgo de nuevas especies se disparó la imaginación de muchos escritores, entre ellos la del genial Arthur Conan Doyle (1859-1930),

mítico por ser el creador del detective Sherlock Holmes. Dejando de lado a Sherlock, Doyle es autor del primer gran libro de aventuras con dinosaurios: *El mundo perdido* (*The Lost World*, 1912). En esta aventura, se narra la expedición del profesor Challenger y su equipo hasta una meseta sudamericana donde todavía sobreviven dinosaurios y otras criaturas extintas. Numerosos novelistas le siguieron y se subieron al tren de la prehistoria, como Edgar Rice Burroughs (1875-1950), célebre por ser el artífice de Tarzán o John Carter de Marte. Ya más recientemente, sobre todo desde la década de los setenta, la aparición de criaturas del pasado remoto en la literatura ha sido constante.

No obstante, en el siglo xx es posible que el cine sea el mayor responsable de grandes influencias socioculturales. De nuevo, el dinosaurio está allí desde el principio. En 1914 se presentó el espectáculo *Gertie the Dinosaur*, ideado por Winsor McCay (1867-1934), centrado en una película de animación con un dinosaurio como protagonista —y de la que McCay era autor—. Para dar forma tanto al filme como al show, McCay se inspiró en unos libros infantiles con dibujos en cada página que crean una ilusión de animación, así como en el montaje de un esqueleto de *Brontosaurus* de 1905. En su estreno, la película de animación formaba parte de un espectáculo en el que participaba el propio McCay, que interactuaba con el dinosaurio. A finales de 1914, se realizó un nuevo montaje de la producción con una introducción y una serie de títulos para sustituir la presencia del presentador y, así, poder ser proyectado en cines.

Estos adorables animales fueron reemplazados pronto, cuando los cineastas descubrieron el filón de retratarlos como enormes monstruos aterradores. ¡El cine había encontrado a sus más temibles villanos! El primero de ellos

fue un terrible *Ceratosaurus* en la película *La vida del hombre primitivo* (*Brute Force*, 1914) de D. W. Griffith. Aunque fue en 1925 cuando tuvo lugar un gran hito en la historia del cine de dinosaurios, el lanzamiento de la primera gran superproducción, que no era otra que la adaptación de la novela de Arthur Conan Doyle, *El mundo perdido*. Esta adaptación fue dirigida por Harry O. Hoyt (1885-1961), que introdujo unos impresionantes efectos especiales mediante la técnica de *stop motion*, a cargo de Willis O'Brien (1886-1962) y Marcel Delgado (1901-1976), que más tarde trabajarían juntos en la versión original de *King Kong*, de 1933, dirigida por Merian C. Cooper (1893-1973). También con dinosaurios, por supuesto.

Desde entonces, los dinosaurios también han sido una temática recurrente del séptimo arte. Aunque durante mucho tiempo las películas siguieron el mismo paradigma para su representación, en la década de 1950, mezclando esta fascinación por el pasado con el miedo a una guerra nuclear, surgen películas como *La bestia de tiempos remotos* (*The Beast from 20,000 Fathoms*, 1953) y *Godzilla* (su versión original, *Gojira*, es de 1954; y fue reestrenada en 1956 en Estados Unidos con metraje extra como *Godzilla, King of the Monsters!*). Ambas películas tienen en común que retratan monstruosos reptiles prehistóricos parecidos a dinosaurios, que causan estragos después de despertarse a causa del estruendo provocado por las pruebas con bombas atómicas.

En los ochenta ya se nota un cambio de imagen en el cine. En el mundo científico ya estábamos inmersos en la llamada *Dinosaur Renaissance*, con grandes hallazgos que estaban mudando la percepción que teníamos de ellos. Pese a que ese nuevo concepto aún estaba por aparecer en la gran pantalla, en los productos de este periodo pasamos de tener a los dinosaurios como amenaza, a simpa-

tizar con ellos. Es el caso de los saurópodos de *Baby, el secreto de una leyenda perdida* (*Baby: Secret of the Lost Legend*, 1985) o la mítica cinta de animación *En busca del Valle Encantado* (*The Land Before Time*, 1988).

El escritor norteamericano Michael Crichton (1942-2008) publicaba su novela *Parque Jurásico* (*Jurassic Park*, 1990). Se dice que el mismo año de su publicación, Universal ya había adquirido los derechos de adaptación cinematográfica y Steven Spielberg estaba a bordo del proyecto. La película se estrenó el 11 de junio de 1993, aunque en España tardamos unos meses en verla. La revolución que supuso técnicamente fue increíble: los dinosaurios generados por ordenador eran del todo reales a ojos de los espectadores. Además, el estreno provocó una nueva oleada de fiebre por ellos. La llamada «dinomanía», que llevaba años presente, se convirtió en tendencia.

El estreno de *Jurassic Park* fue el desencadenante de una nueva era en el cine. Además, aparecieron muchos productos de serie B con premisas parecidas, y el uso de criaturas generadas digitalmente se empezó a popularizar. Desde entonces la mayoría de las películas con dinosaurios se han beneficiado de estas nuevas técnicas.

Desde el estreno de *Jurassic World* (2015) estamos viendo un nuevo pico de «dinomanía», que por suerte se ha beneficiado del actual auge de la divulgación científica en todos los medios. La demanda de información y contenidos que suele acompañar a un momento de gran interés la cubre en la actualidad internet, con su lado positivo y también negativo. Los hallazgos de nuevos dinosaurios y los descubrimientos paleobiológicos de los últimos años nos han hecho entrar en una edad de oro de la Paleontología de dinosaurios.

Pero ¿de verdad puede una afición infantil, por muy intenso que sea ese interés, guiar la vida profesional de

una persona? ¿Puede una película de dinosaurios haber influido tanto en la vida de un niño como para ser decisiva a la hora de elegir su trabajo?

La respuesta es sencilla: sí. No debemos menospreciar la cultura popular, el cine o la literatura. Los mundos sobre los que leemos, a los que nos trasladan las películas, son muchas veces un refugio, un foro en el que nuestra propia voz puede oírse. Tal vez para mucha gente no sean más que tonterías, pero lo que para unos puede ser mero entretenimiento, también puede estar reconfortando o inspirando a alguien. La ficción, las aficiones y, en última instancia, las obsesiones infantiles, nunca deben ser tomadas a la ligera.

A menudo, viendo que soy tanto paleontólogo como cinéfilo, en especial de la saga de *Jurassic Park*, se me hace la siguiente pregunta: «¿Fue responsable *Parque Jurásico* de que te hayas dedicado a la Paleontología?». Durante mucho tiempo me enorgullecía responder que mi afición era muy anterior a la fiebre provocada por esta película en la década de los noventa. ¡Como si fuera algo vergonzoso de reconocer! Es cierto que, en mi caso, podemos rastrear el gusto por los dinosaurios a mis primeros años de vida, pero... ¿quién sabe qué habría sido de mí sin *Jurassic Park*? Tras el estreno de la película muchas cosas ocurrieron. Por un lado, hubo un corto periodo de tiempo en el que sufrí menos acoso escolar, pues de repente a todos los de clase también les encantaban los dinosaurios y empezaron a respetarme por mis conocimientos sobre ellos. Por otro lado, me hice fan de la película y de la saga (más allá de las criaturas, me interesé por los personajes y temáticas, además de leer los libros de Crichton). Su banda sonora me acompañaría como inspiración toda la vida, desde mis sesiones de estudio para la selectividad, hasta ya bien entrados mis estudios universitarios.

Más aún, pasé un tiempo muy turbulento, en el que una depresión causada por la precariedad y la violencia del ambiente académico me hicieron plantearme si abandonar la carrera científica, o continuar hasta terminar mi tesis doctoral. Mientras trabajaba desanimado sobre el manuscrito, salió el primer tráiler de *Jurassic World*, volvieron a sonar las notas de aquella banda sonora, que me hizo sacar fuerzas de donde creía que no había. Echando la vista atrás, creo que es justo dar al César lo que es del César. Posiblemente, sin *Parque Jurásico* no habría llegado tan lejos. Nunca lo sabremos con seguridad, pero ha tenido un peso muy grande e innegable. Tanto, que tras mi doctorado me tatué su logotipo en el hombro.

¿CÓMO LLEGAR A DEDICARSE A LA PALEONTOLOGÍA?

Aunque mi obsesión fue duradera en mi infancia, jamás tuve a mi alrededor a nadie que supiera decirme qué tenía que hacer para dedicarme a la Paleontología. Por suerte, por pura similitud de temas, fui decantándome por la Biología y la Geología en mi educación secundaria. Al fin y al cabo, era en esas asignaturas en las que salían de vez en cuando los fósiles, aunque se les mencionase de pasada. Elegí un bachillerato de ciencias de la naturaleza y realicé las pruebas de acceso para entrar a estudiar Ciencias Biológicas.

Ahora, cuando me preguntan los jóvenes, sé muy bien qué responder. ¡Qué fácil es, una vez se ha recorrido el camino, describir el mapa! Lo primero es estudiar un grado en Biología, Geología, Ciencias ambientales o alguna disciplina afín. Lo siguiente, especializarte a través de un máster en Paleontología. Si nos queremos dedicar a la investigación, se puede hacer un doctorado para profundi-

zar en algunas cuestiones. También les digo que se acerquen y prueben: tenemos la suerte de dedicarnos a una disciplina en la que hay la posibilidad de colaborar desde la fase de estudiante, asistiendo a congresos, colaborando como voluntario en excavaciones o en actividades de museos... No hay mejor manera de saber si has elegido el camino correcto que, ¡probando! Porque existe el riesgo de idealizar en exceso nuestra profesión y que la realidad nos golpee con fuerza.

Otra cosa que siempre digo cuando me preguntan por estos primeros pasos es que yo ya me enamoré de los fósiles en mi casa, siendo niño, leyendo libros y viendo documentales. Pero si me enamoré de la Paleontología como profesión fue tras compartirla y vivirla con otras personas: mi primer congreso (un Encuentro de Jóvenes Investigadores que se celebraba en Macastre, Valencia, en 2004) y mi primera excavación (en el yacimiento paleontológico de Venta del Moro, también en Valencia, aquel mismo año), me reafirmaron en que había elegido la copa del carpintero. Había encontrado mi sitio y no me imaginaba estar en otro lugar. Porque, por primera vez, me veía rodeado de gente con la que podía estar charlando sobre dinosaurios como quien habla del partido del sábado o de la última película que había visto. Yo quería pertenecer a ese tipo de gente.

Por supuesto, la Paleontología es y siempre ha sido una ciencia interdisciplinar, hoy más que nunca. De manera que me resulta difícil en la actualidad decir a los jóvenes que deben seguir esos trayectos académicos tan encorsetados. Ahora, en los proyectos de investigación y difusión en Paleontología, trabaja gente de muchas disciplinas, no todos son «paleontólogos rasos». De modo que hay sitio de sobra para propuestas interesantes y miles de potenciales colaboraciones.

Lo que sí considero que acabamos teniendo en común los que nos dedicamos a la Paleontología es una visión del mundo muy peculiar. Con esto llego al tema principal de este libro. Tras años de estudiar la diversidad de seres vivos y su evolución, después de acostumbrarse a manejar los millones de años, periodos y extinciones de manera cotidiana, tras experimentar la emoción de excavar un fósil inédito una y otra vez, no se puede ser la misma persona que antes de empezar el camino.

Porque cada vez que, trabajando en un yacimiento, desenterramos un nuevo vestigio, estamos siendo espectadores de algo único. Aunque sea un resto de una especie de la que se conozcan decenas de ejemplares, somos los primeros que vemos ese fósil en concreto. Porque cuando murió y quedó enterrado, ni siquiera había personas y, por insignificante que parezca, es más antiguo que toda la historia de la humanidad. Es una pequeña pildorita de humildad.

¿Quizá os parece demasiado? ¿Me he pasado de poeta? Bueno, empecemos por el principio, pero volveremos sobre esto al final de todo.

